

Influencia del francés en nuestro vocabulario científico

No voy a extenderme en la exposición de la realidad histórica ni en los motivos del influjo francés en la cultura española desde la Edad Media, concretamente desde los últimos lustros del siglo XI, con la llegada de los cluniacenses al reino leonés-castellano, invitados y apoyados por ALFONSO VI. Ese influjo cultural ha sido desde entonces una fuerza constante, intensísima en los primeros tiempos de formación de nuestra lengua (siglos XII y XIII), menos intensa, pero no inactiva, en los cuatro siglos siguientes, y de redoblada energía en los siglos XVIII, XIX y primera mitad del XX. Sin duda alguna, después del latín, que sigue siendo en realidad nuestra lengua, ninguna otra ha ejercido sobre el español (salvo quizás el árabe en algún sector del vocabulario) un influjo tan extenso e intenso como el francés. Al hacer esta afirmación, no desconozco la importancia del griego en nuestro vocabulario técnico; pero las voces griegas de carácter técnico, en su gran mayoría, no han llegado al español directamente desde el griego, ni siquiera desde el latín, sino precisamente a través del francés.

Esta afirmación, que puede parecer osada, se demuestra, según creo, en un *Diccionario de galicismos prosódicos y morfológicos* en que vengo trabajando, con muchas y largas intermitencias, desde hace seis o siete años; con bastante asiduidad, desde comienzos de 1997. Está ya en poder de la editorial Gredos, y espero verlo impreso antes del verano.

El *Diccionario de la Real Academia Española (DRAE)* define el *galicismo* como “vocablo o giro de la lengua francesa empleado en otra lengua”. Pero esta definición sólo abarca el “galicismo léxico”, como *chalé* o *élite*, que son vocablos franceses usados en español, y el “galicismo sintáctico”, como “Fue por aquellos años que Ursula comenzó a vender conejos”, giro de la lengua francesa que algunos, incluso escritores célebres, emplean en la nuestra.

En mi diccionario no se incluyen estos tipos de galicismo, que han sido ya estudiados por muchos: en las etimologías del *DRAE* se recogen más de mil setecientos galicismos léxicos, y los galicismos sintácticos se han estudiado y comentado en gramáticas y libros de estilo. No se han estudiado hasta ahora, que yo sepa, los galicismos prosódicos ni los galicismos morfológicos.

Llamo *galicismo prosódico* a la palabra que, en vez de atenerse a las normas de acentuación española, basada en la cantidad larga o breve de la penúltima sílaba de la voz latina correspondiente, se acentúa de acuerdo con la voz francesa de su mismo origen. Por ejemplo, es galicismo prosódico el nombre de una flor bien conocida: *crisantemo*, que procede del griego χρυσάνθεμον a través del latín *chrysanthēmum* o *chrysanthēmon*. La vocal de la penúltima sílaba de la palabra griega es una épsilon, es decir, una e breve. Por eso se acentuaba en latín en la sílaba antepenúltima, como palabra esdrújula, coincidiendo en este caso con la acentuación griega. Según la norma prosódica, tendría que acentuarse en español como en latín; es decir, *crisántemo*. ¿Por qué decimos, entonces, *crisantemo*? Porque en francés se acentúa la última sílaba pronunciada: *chrysanthème*. Acompaña al español en este tipo de galicismos con mucha frecuencia el italiano, que acentúa, como el español, *crisantèmo*. El portugués, en cambio, no sé si por estudio directo o por influjo británico, se muestra con frecuencia más atento a la norma latina, y así, en este caso, dice *crisântemo*, con acentuación etimológica. El influjo francés no se limitó a las dos penínsulas mediterráneas; se extendió, en ciertas épocas, por casi toda Europa, con especial intensidad por Alemania, y así, en este caso, los alemanes acentúan también, como los franceses, la penúltima sílaba, y dicen *Chrysantheme*. En cambio los ingleses, que son probablemente los europeos que más han frecuentado el latín y el griego, acentúan etimológicamente: *chrysánthemon*.

Una golondrina no hace verano. Si este galicismo prosódico estuviese aislado, o formando parte de un pequeño grupo, no tendría mayor importancia. Pero los casos semejantes se cuentan por docenas y aun por centenas. He aquí unos cuantos ejemplos, elegidos al azar:

Decimos en español *Pegaso*, como palabra paroxítona o grave, por lo menos desde 1615, en que aparece en unos versos de *La Mosquée* de Don JOSEPH DE VILLAVICIOSA rimando con *passo*:

*Trahenle el caballo al Rey, que yo asseguro,
Según la ligereza de su passo,*

Que pudiera dexar el nombre obscuro
Al famoso Bucéphalo y Pegaso.

En portugués se dice, con acentuación etimológica, *Pégaso*, y lo mismo en italiano: *Pègaso*.

La planta llamada en español *heliotropo* se llamaba en griego ἡλιότροπος, con la o penúltima breve. Si la palabra española se hubiera tomado directamente del griego, tendría que ser esdrújula. Pero se tomó del francés *héliotrope*, que lleva el acento de intensidad sobre la segunda o; acentuamos, en cambio, etimológicamente *anisótropo*, *isótropo* y *zoótropo*, cuyo último componente es el mismo de *heliotropo*. En el *Vocabulario Científico y Técnico* de la Academia de Ciencias figura también *polítropo*, con acentuación antietimológica.

También *Erebo* debiera ser palabra esdrújula, pues viene del griego Ἔρεβος, a través del latín *Erēbus*. Pero el francés *Èrèbe* lleva el acento de intensidad sobre la segunda e, y de aquí pasaría al español. En portugués se acentúa etimológicamente *Êrebo*, y en italiano también *Èrebo*.

Pero acaso les interesen a ustedes términos más científicos. Pues he aquí uno de la Geometría. Del griego κόθητος, a través del latín *cathētus*, viene el español *cateto*. El italiano acentúa como el español, y lo mismo el portugués; pero AURÉLIO BUARQUE DE HOLANDA FERREIRA, en su excelente *Novo Dicionário da Língua Portuguesa*, advierte: "A pronúncia correta seria *cáteto*". El origen de la desviación prosódica en español, italiano y portugués está sin duda en el francés *cathète*.

Otro de Oceanografía. La palabra *batíscafo* tiene sólo unos pocos lustros. No figuraba aún en el *DRAE* de 1956. Se compone del griego βαθύς 'profundo' y σκάφη 'embarcación'. La *a* de esta palabra griega es breve; por consiguiente, el compuesto español debiera ser esdrújulo: *batíscafo*. Así figuraba en el *DRAE* de 1970. Pero en la edición de 1984 se le cambió el acento, sin duda para adecuarlo al francés *bathyscaphe*, que se acentúa sobre la segunda *a*. Que el *bathyscaphe* sea un invento del suizo de lengua francesa PICCARD no justifica la alteración del acento etimológico de la palabra española, que debiera volver a ser *batíscafo*, tan esdrújula como su medio hermana mayor *piróscafo*, primer nombre del barco de vapor.

Y ahora uno de la Física. Del griego ἤλεκτρον 'ámbar', a través del latín *electrum*, salió correctamente el español *electro*; pero también, a través del francés *électron*, con el acento de intensidad sobre la última sílaba, salieron *electrón* y sus afines *ciclotrón*, *negatrón*, *neutrón*, *positrón*. El portugués sigue al inglés y acentúa *eléctron* o *elétron*, *cíclotron*, *nêutron* y *pósitron*. El italiano resuelve el problema diciendo *eletrone*, *ciclotrone*, *negatrone*, *neutrone*, *positrone*.

He aquí ahora un término de la Medicina. *Hematemesis* es un compuesto del griego αἷμα, αἷματος 'sangre', y ἔμεσις 'vómito', cuya segunda *e* es breve. Debería, pues, acentuarse *hematémesis*. Pero el francés *hématémèse* lleva el acento de intensidad sobre la penúltima *e*. En italiano se acentúa etimológicamente *ematèmesi*, y lo mismo en portugués, *hematémese*. En español tenemos con acento etimológico *hiperémesis*, cuyo segundo componente es el mismo de *hematemesis*.

Y otro de la Mitología. *Amazona* viene del latín *amāzon*, *amazōnis*, acusativo *amazōna*. El *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, de COROMINAS / PASCUAL, da como primera documentación de esta palabra en español el año 1275, *1ª Crónica General*, 8a32. No podemos saber cómo se acentuaba entonces. Pero allí mismo se cita "amazon, femenino, en el *Cancionero de Baena*", compuesto hacia 1445. El francés *amazone* se documenta en el s XIII, y de aquí procede sin duda la acentuación paroxítona del español *amazona*. El italiano *amázzone* conserva la acentuación esdrújula de la voz latina. El portugués, en cambio, acentúa en este caso como el español: *amazona*.

Y ahora un término del lenguaje religioso. La palabra latina *patēna* se acentuaba en la primera sílaba por ser breve la penúltima. La palabra francesa correspondiente es *patène*, que, naturalmente, lleva el acento de intensidad sobre la sílaba *tè*, porque la siguiente es muda. En español, siguiendo al latín, se debería acentuar *pátena*. El *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico* documenta esta palabra en BERCEO, y atribuye el desplazamiento de su acento "a la rareza en latín de palabras esdrújulas en *-ena*". Probablemente existiría ya antes, por ser el nombre de un objeto usado por los sacerdotes al decir la misa, y el cambio de acento se deberá más bien al francés *patène*. Es conocido el influjo, en muchos aspectos decisivo, que ejerció el clero francés en el reino leonés-castellano desde los tiempos de ALFONSO VI, a fines del siglo XI. En la primera mitad del XII eran franceses casi todos sus obispos, muchos de los cuales se rodearon de clérigos de su país. A ellos se deberá el cambio de acento de *patena*. En portugués se acentúa etimológicamente *pátena*; con menos frecuencia, *patena*. En italiano, *patena*, como en español; pero el *Vocabulario de la lingua italiana* de ZINGARELLI reconoce el origen francés de esta acentuación.

Para cerrar el capítulo de los galicismos prosódicos, diré tan sólo que hay una serie de elementos compositivos: *-cito*, como en *fagocito*; *-fito*, como en *briofito*; *-geno*, como en *alergeno*; *-glifo*, como en *petroglifo*; *-lito*, como en *monolito*; *-odo*, como en *pentodo*, y *-tipo*, como en *prototipo*, que entran como segundo componente en docenas de galicismos prosódicos, que con frecuencia se acentúan etimológicamente en portugués y en italiano; así en portugués *fagócito*, *alérgeno*, *petróglifo* (también en italiano), *monólito* en portugués e italiano, *péntodo* en portugués e italiano, *protótipo* en italiano y portugués. En el conjunto de palabras formadas en español con estos componentes se agrupan docenas de términos de acentuación galicada, que con frecuencia llevan en portugués y en italiano la acentuación etimológica.

Pero, antes de pasar a los galicismos morfológicos, quiero referirme a un tipo especial de galicismo prosódico, que manifiesta, en su origen, pretenciosa ignorancia. Consiste en acentuar la palabra española, calcada sobre otra francesa, en la sílaba que en ésta lleva una e con tilde igual a nuestro acento agudo. El ejemplo más notorio es sin duda *élite*; para los semicultos pretenciosos, *élite*. Los franceses escriben *élite*, pero pronuncian *elit*. Si quiere usted lucirse con este galicismo léxico, aprenda al menos a pronunciarlo sin descubrir su ignorancia, pues la tilde de la e francesa no tiene nada que ver con el acento de intensidad; indica simplemente el timbre, es decir, la cualidad cerrada (no abierta ni muda) de la primera e de esa palabra.

Se produce el mismo fenómeno en galicismos pertenecientes a diversos campos de nuestra terminología científica; por ejemplo, en *impétigo*, término de la Medicina; en *plétora*, término de la Fisiología; en una palabra del lenguaje corriente: *imbécil*, y hasta en un término de la cultura clásica, en el que, curiosamente, podemos decir que se llega a un acierto por error: me refiero a la palabra *séviro*.

Impétigo es un latinismo puro, salvo en la acentuación. En latín era larga su penúltima sílaba; por consiguiente, se acentuaba *impetigo*, como voz paroxitona o llana. En francés se dice *impétigo*; pero la e de la antepenúltima sílaba lleva un acento agudo, y a esto se debe que en español digamos *impétigo*.

Plétora viene del griego *πληθώρα*, con omega, es decir o larga, en la penúltima sílaba, que además llevaba acento agudo. Por consiguiente, debería acentuarse *pletora*, como se acentúa etimológicamente en portugués.

Imbécil viene del latín *imbecillis*, con el acento de intensidad en la sílaba *cil*; por consiguiente, en español debería decirse *imbecil*. Así se acentúa en portugués *imbecil*, y en italiano *imbecille* (Recuerdo cómo un automovilista, en Roma, le gritaba a otro: *Deficiente, cretino, imbecille!*). Se acentúa en la misma sílaba el francés *imbécile*. Y así se acentuó en español hasta el s XVIII. Entonces adquirió, por calco del francés, la nueva acepción de "débil mental", y, junto con la nueva acepción, la acentuación de *élite*, por el acento agudo de la sílaba *bé* en francés.

Finalmente, el acierto por error. Hay en latín una serie de nombres que designaban a los miembros de ciertas comisiones de dos, tres, cuatro, seis, diez, cien varones, llamados, según los casos, *duunviri*, *triunviri*, *quatuorviri*, etc. Si esos nombres hubieran llegado al español directamente desde el latín, serían esdrújulos: *duúnviros*, *triúnviros*, *decénviros*, *centúnviros*, pues la *i* de la sílaba *vi* es breve. Pero en francés llevan el acento de intensidad precisamente sobre esa sílaba, por ser la última: *duumvir*, *triumvir*, *décemvir*, *centumvir*. Por eso en español suele decirse, con la honrosa excepción de algunos buenos latinistas, *duunviro*, *triunviro*, *decenviro*, etc. En portugués y en italiano se acentúan estos nombres etimológicamente: *duúnviro*, *triúnviro*, *decénviro*, etc. En español, únicamente se hace esdrújulo *séviro*. ¿Se imaginan ustedes por qué? Yo no hallo más explicación que el hecho de llevar el francés *sévir* acento agudo sobre la e. Nunca se aplicarían mejor aquellos dos versos de la fábula del "burro flautista":

*y sonó la flauta
por casualidad.*

Pasemos ya a los galicismos morfológicos. Llamo *galicismo morfológico* a la palabra que ha alterado su forma o estructura por influjo del francés.

Tenemos un buen ejemplo en *solidaridad*. Los nombres abstractos en *-dad* formados sobre adjetivos en *-io*, como *arbitrario*, *contrario*, *notorio*, *precario*, *serio*, añaden una e a la *i* de la terminación del adjetivo: *arbitrariedad*, *contrariedad*, *notoriedad*, *precariedad*, *seriedad*. El abstracto de *solidario* debiera, pues, ser *solidariedad*, como es en portugués *solidariedade* y en italiano *solidarietà*. Pero decimos, y está en el *Diccionario de la Academia* desde 1869, *solidaridad* porque en francés se dice *solidarité*. Conozco a un catedrático de francés de una universidad española que escribió en un artículo de revista siete u ocho veces *precaridad* porque en francés no se dice *précariété*, sino *précarité*.

Los galicismos morfológicos son más numerosos aún que los prosódicos. Una de las causas más productivas de galicismos morfológicos en español es la plurivalencia de la -e (final) francesa. En el latín vulgar de Francia o en el francés antiguo desaparecieron las vocales finales latinas o se convirtieron en e, que acabó siendo muda: *barba* se convirtió en *barbe*, *figura* en *figure*, *testa* en *tête*; *scandalum* en *scandale*, *templum* en *temple*, *monstrum* en *monstre*; y también, naturalmente, los adjetivos latinos cuyo acusativo terminaba en -em, como *facilem*, *habilem*, *textilem*, terminan en e: *facile*, *habile*, *textile*.

Esta ubicuidad y plurivalencia de la e final francesa ha sido causa de innumerables alteraciones en la terminación de palabras españolas procedentes del latín y, sobre todo, del griego a través del latín (en realidad del griego a través del latín y del francés). He aquí una serie de voces de origen griego que deberían terminar en -o, pero terminan en -a porque en francés terminan en -e y esta vocal final francesa suele corresponder a una -a española, como en *figure* / *figura*, *baleine* / *ballena*, *musique* / *música*: griego *οἰδός*, francés *aède*, español *aeda*; griego *χορηγός*, francés *chorège*, español *corega*; griego *στρατηγός*, francés *stratège*, español *estratega*; griego *ῥαψωδός*, francés *rhapsode*, español *rapsoda*.

Sucede lo mismo con los nombres caracterizadores de las personas que ejercen especialidades médicas, como *fisiatra*, *geriatra*, *pediatra*, *podiatra*, *psiquiatra*; todos tienen como segundo elemento compositivo el griego *ἰατρός* 'médico'; deberían, pues, terminar en -iatro; terminan en -iatra porque en francés acaban en -iatre: *gériatre*, *pédiatre*, *phoniatre*, *psychiatre*, etc.

Hay toda una serie de helenismos españoles que etimológicamente deberían terminar en -o, pero terminan en -a por influjo de la e final que llevan los derivados franceses de los mismos étimos. Pero también se da el fenómeno contrario. El francés termina correctamente en e palabras derivadas de otras griegas acabadas en *eta* (e larga); por ejemplo, del griego *συλλαβή*, francés *syllabe*. Esta clase de palabras debería terminar en español en -a: griego *syllabé* *συλλαβή*, francés *syllabe*, español *sílab*a. Pero como hay palabras francesas del tipo de *cylindre*; *crocodile*, *cynocéphale*, que terminan en -e y proceden de palabras griegas en -o, que dan en español palabras terminadas en -o, como *cilindro*, *cocodrilo*, *cinocéfal*o, ocurre que, a veces, por influjo del francés se hace que terminen en -o palabras españolas de origen griego que deberían terminar en -a. Así ocurre con *micrópilo*, que, según el *DRAE*, viene de *micro-* y el griego *πύλη* 'puerta'. La forma etimológica sería *micrópila*. Así se dice correctamente en portugués. Es bien conocido el histórico nombre de las *Termópilas*, que significa "Puertas Calientes". El origen próximo del español *micrópilo* está en el francés *micropyle*, documentado por el *Dictionnaire des Structures des Mots Savants* en 1806. El *Oxford English Dictionary* documenta el inglés *micropyle* en 1821 como procedente del francés. El español *micrópilo* no llegó al *DRAE* hasta 1899.

Según el diccionario de la Academia, *crystal* viene "del latín *crystallus*, y este de griego *κρύσταλλος*". Pero el latín *chrystallus* pasa por el francés *crystal*, documentado en la *Chanson de Roland* (1080). En español, según el *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, aparece en 1043 *crystallo*, derivado directo del latín, que cedió el puesto a *crystal*, usado por *BERCEO* dos siglos más tarde. Pero antes que en *BERCEO* aparece *crystal* en la *Vida de Santa María Egipciaca*, v 226:

*Braços, cuerpo e todo lo al
blanco es como crystal.*

(Citado en la *Crestomatía del español medieval* por R MENÉNDEZ PIDAL, Madrid 1971², 100).

He aquí otro ejemplo: Viene *jaspe*, según el *DRAE*, del griego *ἰασπις*, a través del latín *iaspis*. Pero el acusativo de esta palabra latina era *iaspidem*. El resultado normal en español sería *jáspide*, como el de *cuspis*, acusativo *cuspidem*, es *cúspide*, y el de *aspis*, acusativo *aspidem*, es *áspide* o *áspid*. El francés *jaspe* se documenta hacia 1119, según el *Dictionnaire Historique de la Langue Française* dirigido por Alain Rey. De aquí vendrá el español *jaspe*, documentado, según el *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, en 1490.

Pocas palabras españolas serán tan extrañas morfológicamente como el sustantivo masculino *hematíe*, del griego *αἷμα*, *αἷματος*, según el *DRAE* de 1984; en realidad, del francés *hématie*, documentado desde 1858 como nombre femenino. Es la única palabra española terminada en -ie, mientras que en francés hay docenas acabadas en -ie, con acento de intensidad sobre la *i*, como *géographie*, *géologie*, *philologie*, *philosophie*, etc, etc. El primero que usó la palabra en español no se dio cuenta de que las voces francesas terminadas en -ie corresponden a las españolas en -ia, que son, naturalmente, femeninas; pero, como el artículo francés *l'* ante vocal o *h* muda no distingue el género de las palabras en singular, ni lo distingue *les* en plural, que es el número gramatical en que más se usa *hématie*, y, por otra parte, esta palabra significa "glóbulo rojo de la sangre", nuestro neólogo, además de confundir la forma, confundió el género de la palabra, que debería ser en español

hematía y del género femenino. En portugués hay dos formas: *hematía* y *hemácia*, que el *Novo Dicionário da Língua Portuguesa* declara procedentes del francés *hématie*; ambas adecuadas; más naturalizada la segunda.

Las palabras griegas terminadas en *-sis* pasan normalmente al español con esa misma terminación: *análisis*, *apódosis*, *esclerosis*. Hubo durante bastante tiempo alguna vacilación entre el mantenimiento o la eliminación de la *s* final de la terminación *-sis* de este tipo de palabras, como puede verse estudiando la historia de *análisis* en el *Diccionario Histórico de la Lengua Española*. La primera documentación de esta palabra está en un texto de PEDRO SIMÓN ABRIL, de 1587, en la forma *Analysis*, sin duda palabra llana, como ciertamente lo es en estos versos de LOPE DE VEGA fechados en 1614:

*Si cumplo con la lengua castellana
Resolución diciendo, ¿qué conceto
Es llamarla Analisis, o a qué efeto
Tópica a la invención, cosa tan vana?*

Las palabras griegas en *-sis* suelen pasar al francés con la terminación *-se*: *analyse*, *apodose*, *sclérose*, aunque no faltan las acabadas en *-sie*, como *analepsie*, del griego ἄνάληψις, *éclampsie*, del griego ἔκλαμψις, *cataplexie*, del griego κατόπληξις.

Podría dar docenas de ejemplos de palabras españolas procedentes en último término de otras griegas terminadas en *-sis* y que acaban en español en *-sia* por influjo de las francesas del mismo origen y terminadas en *-sie*. Están entre ellas: *agenesia*, *autopsia*, *afasia*, *psicoquinesia* y *telequinesia*, *amnesia*, *paresia*, *atresia*, *anestesia*, *hiperestesia* y otros compuestos de *-estesia*, *geognosia*, *catalepsia*, *anafilaxia*, *menopausia*, *menostasia*, etc. La más interesante de todas es sin duda *poesía*. Viene del griego πῳήσις, variante temprana de ποίησις, a través del latín *poēsis*. Pero ¿cómo apareció en español, italiano y portugués la forma *poesía*?

La primera aproximación conocida en una de estas tres lenguas la tenemos en la *Divina Comedia* (Purgatorio I, 7: *Ma qui la morta poesi resurga*, escrito antes de 1320. “*Poesi* era vivo, anticamente, anche in prosa: ossitono, secondo le norme grammaticali del tempo”, comenta N SAPEGNO en *Dante Alighieri: La Divina Commedia* Milano-Napoli 1957). Entre 1272-74, casi medio siglo antes de escribir DANTE este verso, se documenta en francés *poésie*. COROMINAS / PASCUAL fechan el español *poesía* en 1449, en SANTILLANA, y también en JUAN DE MENA, rimando en *-ía*.

En derivación normal, del latín *poēsis* saldría en español *poesis*, en italiano *poesi* y en portugués *poese*. La forma *poesía*, que es la usada por las tres lenguas, procede sin duda del francés *poésie*, anterior en más de siglo y medio a la forma española. Si, como parece, el primero que usó *poesía* en castellano fue el MARQUÉS DE SANTILLANA, presentado en unas coplas satíricas

con fabla casi extranjera, vestido como francés,

no sería extraño que hubiese calcado la palabra de la lengua de Francia. Tampoco sería imposible que la tomara del italiano. En tal caso, procedería también, indirectamente, del francés.

El proceso pudo ser el siguiente: el acusativo latino *poēsīm* se acentuó en francés (y en italiano por influjo francés) *poesí*, con omisión de la *m* final, que ya no se pronunciaba en latín. (Es la forma que vemos en DANTE). Luego se le añadiría en francés la *-e* del femenino, y en italiano la *-a* correspondiente, manteniendo en ambas lenguas el acento sobre la *i*.

Para que vean ustedes que el influjo del francés no se limita a los términos de origen griego o latino aparentemente directo, veamos la palabra *archivolta* o *arquivolta*, que, según el *DRAE*, se ha tomado del italiano *archivolta*. Pero en italiano no existe *archivolta*, sino *archivolto*. De donde viene el español *archivolta* o *arquivolta* es del francés *archivolte*, como ya indicó el *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, que documenta *archivolta* en 1772, y *arquivolta*, en 1877. El francés *archivolte*, femenino, que, según COROMINAS / PASCUAL, fue antes masculino, lo documenta el *Dictionnaire Historique de la Langue Française* en 1694, y viene del italiano *archivolto*, masculino, documentado a principios del s XIV. El portugués *arquivolta* tiene el mismo origen que su homónimo español.

No viene *astracán* directamente, como dice el *DRAE*, “de *Astrajan*, ciudad rusa del Caspio”, sino del francés *astracan*, como indica el *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, que documenta *astracán* en el *DRAE* de 1925. En francés, según el *Grand Larousse de la Langue Française*, *astrakan* o *astracan* se documenta en 1775 y es admitido por la Académie en 1878.

Si se hubiera tomado *avatar* directamente del sánscrito *avatara* ‘descendimiento’, no tenía por qué perderse en español la última *a*. La voz *avatar*, no incluida en el *DRAE* hasta el *Suplemento* de 1970, está

documentada en inglés, según el *Oxford English Dictionary*, desde 1784, y en francés, según el *Dictionnaire Historique de la Langue Française*, desde 1800. De una de estas dos lenguas habrá llegado a la nuestra.

Es *bumerán*, indudablemente, “de origen australiano a través del inglés *boomerang*”, como dice el *DRAE*. Pero su acentuación aguda (en inglés se acentúa en la primera sílaba) parece indicar que nos ha llegado del inglés por conducto del francés, donde *boomerang* está documentado desde 1863 y se pronuncia *bu* la primera sílaba. El *DRAE* incluyó *bumerán* en 1970.

No puede salir *cabotaje* directamente de *cabo*, pues no existe en español el sufijo *-taje*, aunque haya dos docenas de palabras con esa terminación; la *t* pertenece a la palabra básica a la que se aplica el sufijo *-aje*, de origen provenzal o francés: *billet-aje*, *perit-aje*, *pilot-aje*, etc. Así pues, *cabotaje* supondría una palabra básica como *cabotar*, inexistente en español. Sí existe en francés el verbo *caboter*, documentado por el *Grand Larousse de la Langue Française* en 1678 y derivado, según esa misma fuente, del español *cabo*. Sobre el verbo *caboter* se formó el mismo año 1678 el sustantivo *cabotage*, de donde procede el español *cabotaje*, documentado por el *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico* en JOVELLANOS, que murió en 1811.

Viene *chimpancé*, según el *DRAE*, “del bantú *hampenzi*”. Pero, además de la escasa o nula relación entre las lenguas española y bantú, no se ve cómo podría salir *chimpancé* de *hampenzi*, pues apenas hay entre ambas palabras más semejanza que la de tener tres sílabas, con tres consonantes comunes, y ser ambas oxítonas. En cambio, entre el francés *chimpanzé*, documentado por el *Grand Larousse de la Langue Française* en 1845 (escrito *quimpezé*, ya en 1738; *chimpanzé*, en 1803), y el español *chimpancé*, documentado por el *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico* en el *DRAE* de 1884, no hay más diferencia gráfica que la de la *z* y la *c*.

Es un galicismo morfológico muy curioso y hasta sorprendente el español *diantre*, documentado por el *Tesoro lexicográfico* de SAMUEL GILI GAYA en el *Diccionario nuevo de las lenguas española y francesa* publicado por FRANCISCO SOBRINO en Bruselas el año 1705. El *Diccionario de Autoridades* en su tomo tercero, que apareció en 1732, dice que *diantre* es lo mismo que *dianche*, voz “vulgar y muy usada de los ignorantes”, que es “lo mismo que Demónio o Diablo”, con “mudanza de las letras”. TERREROS, en 1786, relaciona ambas voces españolas con el francés *diantre*. COROMINAS / PASCUAL remiten de *diantre* a *diablo*, y aquí se limitan a decir, refiriéndose a *diablo*, que “es frecuente alterarlo intencionadamente, por eufemismo, en formas como *dianche*, *diantre* y otras semejantes”. Es indudable que el español *diantre* viene del francés *diantre*, documentado ya en 1524 como deformación de *diable* por el *Dictionnaire Historique de la Langue Française*, que cita un texto de RABELAIS, fechado en 1534, con la expresión *que diantre!* Que el uso del francés *diantre* era frecuente lo demuestra el hecho de que produjera el adverbio *diantrement*, documentado por la misma fuente a fines del s XVII y “usado como intensivo en estilo familiar en el s XVIII”.

Volvamos ahora al italiano. Da el *DRAE* como etimología de *escopeta* el italiano *schioppetto*. Debería añadir “a través del francés *escopette*”. El *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico* documenta *escopeta* en 1517; el francés *escopette* lo documenta el *Grand Larousse de la Langue Française* un año antes, en 1516, escrito *escopette*, reconociendo su origen en el italiano *schioppetto*, de comienzos del s XVI. De la *-o* del italiano no saldría la *-a* en español.

Y, para terminar esta ya larga relación de galicismos morfológicos, una palabra defendida a capa y espada por algunos científicos. Me refiero a *estanqueidad*, que figura en el *DRAE* con remisión a *estanquidad*, que es la palabra formada correctamente. *Estanqueidad* está tan mal formada como si dijéramos *humaneidad* o *perverseidad*, en lugar de *humanidad* o *perversidad*. En realidad, se trata de un calco del francés *étanchéité*. Según el *Grand Larousse de la Langue Française*, se usó *étanchéité* por vez primera el 5 de abril de 1876; el *DRAE* incluyó *estanqueidad* en 1984.

Ni mi libro ni esta conferencia se proponen corregir la multitud de galicismos prosódicos y morfológicos que reducen el prestigio de nuestra terminología. Cuando las palabras, aunque estén mal acentuadas o mal formadas, se asientan en la lengua, adquieren en ella carta de ciudadanía. Se puede y se debe combatir las malformaciones cuando son todavía recientes, cuando están tratando de abrirse paso. A veces se tiene éxito. Recuerdo cómo algunos luchamos por los años cuarenta y cincuenta contra el galicismo morfológico *exilado*. Hoy casi nadie dice o escribe ese calco del francés *exilé*; se ha impuesto la forma correcta *exiliado*. Yo llevo varios años combatiendo la voz *paralímpico*, formada con la preposición griega *pará* y *olímpico*. Debe decirse y escribirse *parolímpico*, porque la *a* de *pará* se pierde ante vocal inicial del segundo componente. Por eso decir o escribir *paralímpico* en vez de *parolímpico* es tan incorrecto y absurdo como decir o escribir *parodia* en vez de *parodia*, *paranimia* en vez de *paronimia*, *parátida* en vez de *parótida*. Y no importa que *paralímpico* se haya formado por fusión de *parapléjico* y *olímpico*, suprimiendo en *parapléjico* el segundo componente, *pléjico*. Al

quedar libre el primero, procedente del gr *pará*, y unirse a *olímpico*, lo correcto es que se pierda la última vocal de aquél, no la primera de éste.

Con relación a los galicismos prosódicos y morfológicos ya tradicionales, no nos queda, en general, más remedio que aceptarlos. Se puede luchar contra algunos, cuando son de uso poco frecuente, usando y aconsejando la forma etimológica. Yo logré que en el *Diccionario de la Academia* se cambiara la acentuación galicada de *petaso* por la etimológica *pétaso*, y para la próxima edición, que al menos se admita la etimológica de *diádoco* junto al galicado y ya establecido *diadoco*. No he tenido éxito contra *estanqueidad*, galicismo inútil, puesto que se usa también la forma correcta *estanquidad*, incluida en el *DRAE* junto a *estanqueidad*. Parece que son mayoría los científicos que usan y prefieren la forma galicada.

De los términos técnicos que ahora se forman, proceden muchos más del inglés que del francés. Y el inglés, por su mayor distancia del español, se presta menos al calco erróneo. Las palabras anglosajonas, si no se traducen, suelen aceptarse como son; así *bit*, *ring*, *sprint*, *slalom*, *hardware*; o se adaptan mejor o peor, aproximándose más o menos a su pronunciación inglesa o estadounidense, como *fútbol*, *béisbol*, *voleibol*, *crol*, *líder*. No hay aquí normas semejantes a las que rigen la derivación o adaptación de los términos de origen grecolatino.

El ideal sería que cualquier adaptación de términos anglosajones se hiciera uniformemente en todos los países hispanohablantes.

VALENTÍN GARCÍA YEBRA
De la Real Academia Española